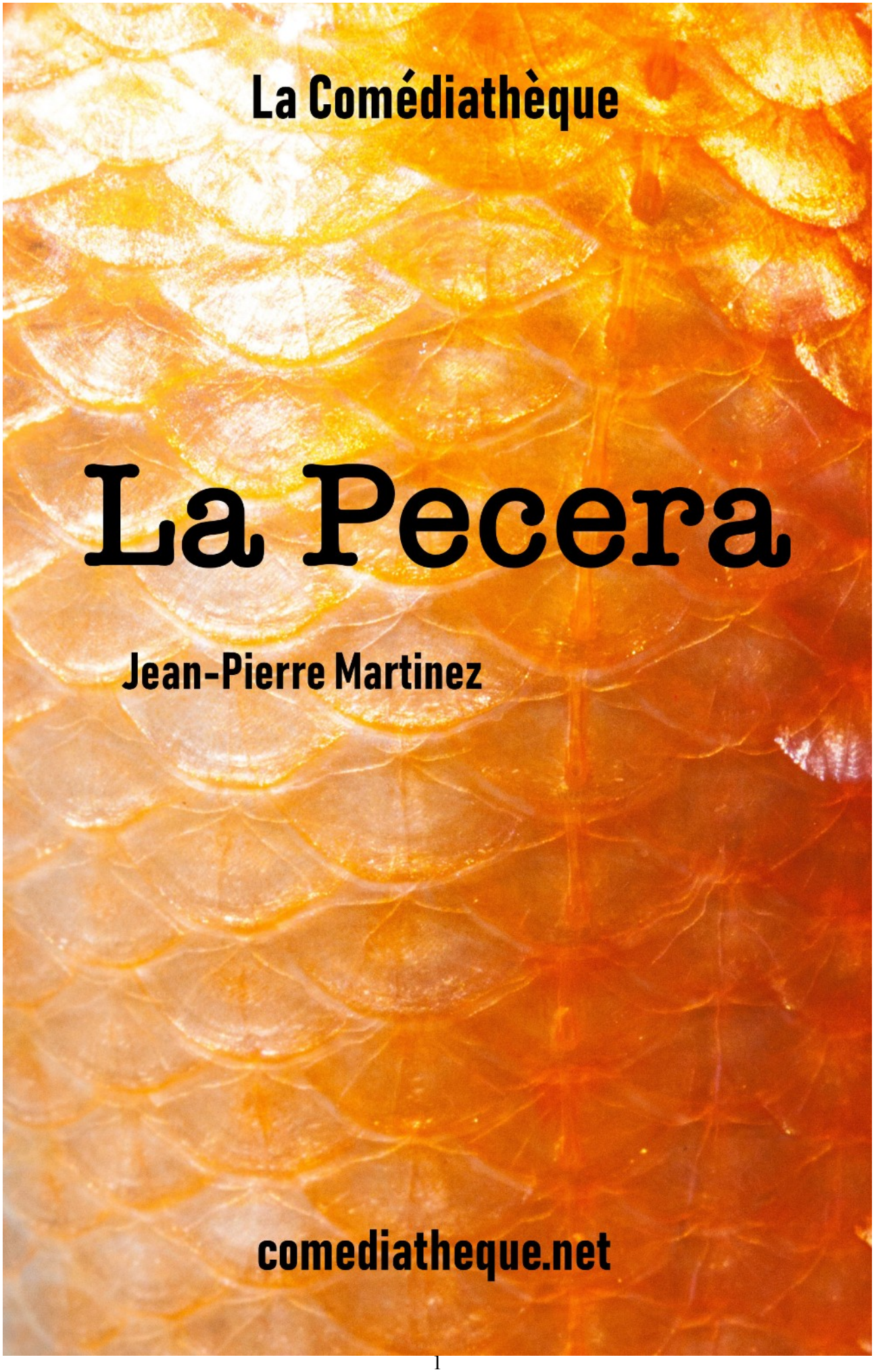

La Comédiathèque
La Pecera
Jean-Pierre Martinez
comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

La Pecera

Jean-Pierre Martinez

Dejarle a un amigo las llaves del piso para que dé de comer a los peces mientras uno está de vacaciones en agosto no tiene nada de extraordinario. Pero si ese amigo es un poco imprevisible y todos tienen algo que ocultar, la situación puede complicarse muy deprisa. Sobre todo cuando, ese mismo día, Valonia decide declarar su independencia...

Personajes:

Marco
Daniel
Lola
Victoria

© La Comédiathèque

ACTO 1

El salón de un elegante piso parisino, moderno y acomodado. Sobre la chimenea cuelga un Picasso, una variación de El almuerzo sobre la hierba, de Manet. En una mesita hay una pecera con cuatro peces de colores. Varias plantas agonizan en las estanterías. Suena música clásica en la radio, interrumpida de pronto por un boletín informativo.

Locutor – Interrumpimos unos instantes nuestro programa musical para recordar la noticia que desde esta mañana tiene en vilo a Europa. Por si alguien acaba de regresar de una isla desierta, repetimos el comunicado recibido esta madrugada en nuestra redacción: para sorpresa de la comunidad internacional, en plenas vacaciones de verano, Valonia, la región francófona de Bélgica, ha declarado su independencia y anunciado su intención de abandonar el euro para recuperar el franco belga. Flandes se prepara para la guerra y Luxemburgo estaría concentrando tropas en la frontera. Les mantendremos informados de la evolución de esta crisis. Todavía no sabemos si pasará a la historia como el tsunami que arrasó Europa o como una simple tormenta en una pecera.

Vuelve la música clásica. Entra Marco, un ejecutivo de unos treinta años, traje y camisa blanca sin corbata. Le sigue Daniel, de edad parecida, con el aspecto de un profesional de vacaciones: polo, vaqueros impecables y mocasines.

Daniel *(al oír la música)* – ¿Hay alguien en casa?

Marco – No.

Daniel – Temía encontrarme con alguna de tus amantes. Ahora que Victoria se ha ido un mes...

Marco – Imposible. En materia de infidelidad tengo dos principios: nunca con las amigas de mi mujer y nunca en el domicilio conyugal.

Daniel – ¿Y te funciona?

Marco – De momento, bastante bien... Además, últimamente me porto como un santo. No estoy para complicaciones. *(Apaga la radio.)* Victoria debió de dejarla encendida cuando nos fuimos a la costa la semana pasada. Por los peces.

Daniel – ¿Para que sigan la actualidad internacional?

Marco – Dice que, si no, se sienten solos y se deprimen. A mí me deprime más lo que llevo oyendo en las noticias desde esta mañana.

Daniel – ¿Tan grave es?

Marco – No creo que estalle la Tercera Guerra Mundial, pero para los negocios es un desastre.

Daniel – Por eso has vuelto de las vacaciones precipitadamente y sin Victoria.

Marco – ¡El índice de la Bolsa de París ha perdido dos mil puntos en una sola sesión! ¡Dos mil! He intentado contener los daños, pero ahora solo queda aguantar y esperar al cierre de Wall Street.

Daniel – Parece mentira... ¡Que los valones hayan declarado la independencia!

Marco – Y quieran volver al franco belga...

Daniel – Lo próximo será querer recuperar el Congo. ¿Seguro que no es una inocentada?

Marco – Por desgracia, estamos en agosto.

Daniel – Bueno, al menos no es tu dinero.

Marco – Es el de mis clientes. Y tengo que responder ante ellos. La relación entre un gestor de patrimonios y sus clientes es como un matrimonio. Un marido y su mujer...

Daniel *(irónico)* – Ya, claro...

Marco – Bueno, una prostituta y su proxeneta, si lo prefieres. Todo se basa en la confianza. También llevo las inversiones de Victoria. Cuando murió su padre heredó una fortuna. No íbamos a dejar todo ese dinero muerto de risa en una cuenta de ahorro.

Daniel – Entiendo...

Marco *(cambiando de tema)* – Venga, vamos a tomar algo. Así me distraigo. Y gracias por sacrificar la noche para hacerme compañía.

Daniel – Para eso están los amigos, ¿no? Además, París en agosto está bastante muerto.

Marco – Entonces, ¿por qué no te has ido de vacaciones como todo el mundo?

Daniel – Me toca estar de guardia en la farmacia. Alguna vez me tenía que tocar. Pero no me importa. Irme solo de vacaciones... Sin mujer, sin hijos...

Marco *(burlón)* – ¿Ni amante? Un tipo tan atractivo como tú, soltero y con acceso a pastillas para adelgazar y antidepresivos sin receta... Seguro que las clientas se te ponen a la cola. A menos que vayan a pedirte un veneno discreto para librarse de sus maridos.

Daniel *(incómodo)* – ¿No íbamos a tomar una copa?

Marco – ¿Qué te pongo?

Daniel – Un pastis, con mucha agua. Hace un calor de muerte.

Mientras Marco saca las botellas y los vasos, Daniel se detiene junto a una jardinera.

Daniel – Tus plantas también parecen sedientas.

Marco – Dejé las llaves a Alex para que viniera a regarlas y a dar de comer a los peces. Pero ya sabes cómo es...

Daniel *(divertido)* – Alex...

Marco – ¿Lo has visto últimamente?

Daniel – Hace unos tres meses. Cuando me pidió mil euros prestados. Para quince días, según él.

Marco – Lo bueno de los pobres es que nunca se van de vacaciones. A veces resulta muy práctico. *(Mira las plantas medio secas.)* Pero de Alex no hay quien se fíe.

Daniel – Seguro que se ha largado de vacaciones con mi dinero en vez de pagar el alquiler que debe.

Marco – ¿De verdad crees que se puede ir de vacaciones a algún sitio con mil euros?

Marco sirve las copas. Daniel se planta delante del cuadro que cuelga sobre la chimenea.

Daniel – Por lo menos tu Picasso sigue ahí. Yo no le habría dejado las llaves. ¿A qué se dedica ahora?

Marco – Sigue siendo actor. Y sigue en el paro.

Daniel – Casi es decir dos veces lo mismo.

Marco – Es buen chico, solo tiene mala suerte. ¿Te acuerdas de cuando fue a pasar un día a la playa, en Normandía, y le robaron el coche?

Daniel – Si a aquello se le podía llamar coche... No le quedaba ni una pieza original. La policía no habría sabido ni de qué marca era.

Marco – Tenía que estar ciego para robar semejante chatarra.

Daniel – Con toda la ropa dentro.

Marco – ¡Y toda la documentación!

Daniel – Cuando fuimos a recogerlo a las dos de la madrugada estaba en calzoncillos, tiritando en la playa. Pensé que tendríamos que llamar a una ambulancia para reanimarlo.

Marco – En lugar de eso le hice beber media botella de whisky para que entrara en calor. ¡Cómo nos reímos!

Daniel – ¡Habla por ti! Me vomitó todo el Mercedes. Tardé meses en quitar el olor. A veces me pregunto si mi mujer no me dejó por eso.

Marco – Este Alex... Admitirás que nos hace reír. Eso vale mil euros de vez en cuando, ¿no?

Daniel – Tiene un gran talento cómico, sí. Curiosamente, solo deja de ser gracioso cuando se sube a un escenario.

Marco – ¿Te acuerdas de su última obra?

Daniel – No mucho. Me dormí antes de que terminara el primer acto.

Marco – Y no podíamos escaparnos. Éramos los únicos dos espectadores.

Daniel – Joder... Espero que no me haya pedido los mil euros para montar otra obra.

Marco *(horrorizado)* – No me digas...

Daniel – Propongo que reunamos dos mil euros entre los dos y se los demos a cambio de que deje de actuar.

Marco – Si al menos pudiéramos fiarnos de su palabra... *(Beben un trago.)* ¿Y aquella vez que le hiciste probar un medicamento experimental para un laboratorio farmacéutico?

Daniel – Se suponía que curaba la lepra.

Marco – Y se lo recomendó a una amiga de la escuela de teatro que andaba sin blanca.

Daniel – Esta vez él tuvo suerte: le tocó el placebo. Ella, en cambio, al día siguiente estaba completamente calva y cubierta de granos.

Marco – Se te olvidó comentarles los posibles efectos secundarios...

Daniel – La chica fue a montar un escándalo a la farmacia. Y resulta que a la semana siguiente tenía una prueba para el papel protagonista de una película.

Marco – ¡Igual le hiciste perder el papel de su vida!

Daniel – Bueno, por lo menos le pagaron trescientos euros.

Marco – ¿Cómo se llamaba?

Daniel – Ni idea... La llamábamos «Cara de pizza».

Marco – Eso fue hace seis meses, ¿no? Pobrecilla, no hemos vuelto a verla.

Daniel – Seguro que no se atreve a salir de casa... *(Se vuelve hacia la pecera.)* Tus peces tampoco tienen muy buena cara. Parece que Alex no les ha dado de comer. Deben de estar hambrientos.

Marco – ¿Cómo lo sabes?

Daniel – Porque el cuarto parece que intenta devorar a los otros tres.

Marco se acerca y contempla la pecera con asombro.

Marco – Qué raro... Juraría que cuando nos fuimos solo había tres.

Daniel – Dudo que el cuarto entrara a la fuerza. La pecera tendría alguna grieta.

Marco – Ah, sí, ahora me acuerdo... Dos machos y una hembra.

Daniel – Ni sabía que se pudiera distinguir el sexo de un pez. ¿Cómo sabes que había dos machos y una hembra?

Marco – Se lo dijo el dependiente a Victoria. Nos fiamos de él. Aunque siempre me he preguntado por qué Victoria escogió dos machos para una hembra. No sé si los peces son muy aficionados a los tríos.

Daniel – A lo mejor han tenido crías.

Marco – Y el hijo quiere devorar a sus dos padres para quedarse a solas con su madre.

Daniel – Muy freudiano.

Marco – ¿El complejo de Edipo también afecta a los peces?

Daniel – Eso supondría que tienen inconsciente. Y, por tanto, conciencia.

Marco – Lo dudo. Dicen que los peces no tienen memoria.

Daniel – ¿Ninguna?

Marco – Tres segundos como mucho. Menos que un microondas.

Daniel – Tres segundos... Imagínate.

Marco – Nunca te aburres.

Daniel – Y nunca te arrepientes de nada.

Contemplan la pecera unos instantes, fascinados.

Marco – O quizá es el marido engañado que se venga de los amantes y elimina las pruebas del delito.

Daniel le lanza una mirada disimuladamente inquieta.

Daniel – Eso ya sería un vodevil en toda regla.

Marco – ¡La de horrores que pueden ocurrir en una simple pecera! *(Brinda con Daniel.)* Por tus amores. Venga, ¿no piensas contármelo?

Daniel – ¿Contarte qué?

Marco – ¿Quién es?

Daniel – ¿Quién es quién?

Marco – No me digas que desde tu divorcio no te comes una rosca.

Daniel – Yo no he dicho eso.

Marco – Pues desembucha. Antes no te cortabas nada contando tus hazañas sexuales. Hasta cuando estabas casado me dabas todos los detalles de tus aventuras. ¿Cuándo nos la presentas?

Daniel – ¿Nos?

Marco – ¡A Victoria y a mí!

Daniel – Es que... es un poco complicado.

Marco – Ya entiendo. ¡La casada es ella! Tú tranquilo, soy una tumba. ¿Es amiga de Victoria?

Daniel – No la conoces. Es... una clienta de la farmacia.

Marco – Pues con mirar sus recetas ya sabes si tiene alguna infección de transmisión sexual y si toma la píldora. ¿Es guapa? *(Rectifica.)* ¿Es mayor de edad?

Daniel – De verdad, no me apetece hablar de esto ahora.

Marco – Entonces va en serio. Las únicas mujeres de las que nunca hablamos en términos sexuales son aquellas con las que acabamos casándonos.

Daniel se apresura a cambiar de tema y vuelve a levantar su copa.

Daniel – En fin, por tus negocios. La Bolsa sube y baja, ¿no? Un pequeño bajón no significa que no vuelva a levantarse.

Marco aprovecha la ocasión: se le acaba de ocurrir una idea.

Marco – Exactamente. De hecho, esta crisis es una oportunidad extraordinaria para cualquier inversor avispado que quiera entrar en Bolsa en unas condiciones inmejorables.

Daniel – ¿Eso les dices a los clientes que acabas de arruinar?

Marco – ¡Hay que invertir cuando el mercado está por los suelos! Los fundamentos son sólidos. Solo puede recuperarse.

Daniel *(desconfiado)* – Ya...

Marco – Si tienes dinero para invertir a medio plazo, ahora es el momento. Mañana quizá sea tarde. Podría ocuparme yo, si quieres.

Daniel no parece entusiasmado.

Daniel – Tú mismo lo has dicho: entre un gestor y su cliente todo es cuestión de confianza. Y yo te conozco demasiado... Quiero decir, que mezclar dinero y amistad... Sería incómodo, ¿no?

Marco – ¡Podrías duplicar tu inversión en unos meses!

Daniel – ¿Y por qué no inviertes tú? Con el dinero de Victoria, por ejemplo. Dices que es el momento de comprar. ¡Si estamos en pleno desplome!

Marco – Por desgracia, ya lo tengo todo invertido.

Daniel – Cuando las acciones estaban por las nubes...

Marco *(suspirando)* – Si los asesores financieros pudieran aplicar sus maravillosos consejos, serían todos multimillonarios. Y no estarían dejándose la piel en un banco por un sueldo de miseria.

Daniel – ¿Tan mal te va?

Marco – Digamos que he asumido riesgos. Calculados, pero riesgos. He apostado fuerte por unas empresas emergentes, con proyectos muy prometedores que todavía no han despegado.

Daniel – ¿Como cuáles?

Marco – Una está desarrollando una cura revolucionaria contra la calvicie. Precisamente se me ocurrió invertir después de lo que pasó con aquella pobre chica del ensayo clínico.

Daniel – ¿Un champú contra la caída del pelo?

Marco – ¡Una pastilla para hacerlo crecer!

Daniel *(consternado)* – ¿Me estás tomando el pelo?

Marco – ¿Sabes cuántos calvos hay en el mundo? ¡Es un mercado enorme! *(Vuelve a la realidad.)* Claro que, cuando llega una crisis, este tipo de inversiones arriesgadas no son precisamente un valor refugio.

Daniel – ¿Y compraste muchas acciones?

Marco – Prácticamente toda la empresa. Por cuatro duros.

Daniel – ¿Y cuánto vale ahora?

Marco – Digamos que... nada. Pero estoy seguro de que remontará. ¡Están a punto de conseguirlo! Ya probaron el producto con personas en Australia y ahora han pasado a los animales.

Daniel – ¿Primero con personas?

Marco – La empresa está en Sídney. ¡Ya han conseguido que le crezca pelo a un ratón!

Daniel – ¿Un ratón calvo?

Marco – Calvo estaba antes de la pastilla. Si quieres, te vendo la mitad de mis acciones. *(Daniel lo mira horrorizado.)* Vale, no insisto. Pero quizá te has perdido el negocio del siglo.

Daniel – Qué se le va a hacer. Prefiero las inversiones de un padre de familia. El problema es que todavía no he conseguido formar una.

Marco – También en el amor la fortuna favorece a los audaces.

Daniel – Prefiero vender antidepresivos a quienes nunca tendrán suerte. Es una forma menos espectacular de hacerse rico, pero bastante más segura. *(Marco se toma una pastilla con el aperitivo.)* Por cierto, no deberías abusar de los antidepresivos. No es nada recomendable mezclarlos con alcohol.

Marco – Cuando estás en el fondo de la piscina, solo puedes subir, ¿no?

Daniel, incómodo, procura tranquilizar a su amigo.

Daniel *(señalando el cuadro)* – En el peor de los casos siempre puedes vender el Picasso. No será la decoración ideal para un comedor, pero debe de valer una fortuna.

Marco no parece tranquilizarse.

Marco – También es de Victoria. Y le tiene mucho cariño. Era de sus padres; lo compraron por una miseria. Tendría que haber invertido en pintura.

Daniel – También hay cuadros que no pasan de ser una birria.

Suena el móvil de Daniel. Al ver quién llama, duda si contestar.

Marco – ¿No contestas? *(Daniel parece incómodo.)* Ah, ya entiendo. ¡Es ella! Tranquilo, voy a por hielo. El pastis se está calentando.

Marco desaparece con una sonrisa cómplice. Daniel atiende de mala gana.

Daniel – Sí, Victoria... Mira, ahora me viene fatal. Estoy con él... ¡Con Marco, tu marido! Me ha llamado y no podía decirle que no. En pleno agosto, no es fácil fingir que tienes la agenda llena. Y recuerda que era mi mejor amigo... antes de que empezaras a acostarte conmigo. ¿Esta noche? ¿Ya estás en la circunvalación de París? No, si me alegro, claro, pero creía que ibas a quedarte con tu madre en la costa... *(Tierno.)* Sí, yo también... *(Incómodo.)* Victoria, tengo los resultados de tu análisis. Es positivo... Sí, estás embarazada. ¿De quién? No lo sé. Es un análisis de sangre, no una prueba de paternidad. Sí, ya sé que tomas la píldora. ¡Si te la vendo yo! Alguno habrá conseguido colarse... *(Marco regresa con el hielo.)* Escucha, tengo que colgar...

Marco *(divertido)* – Si quieres, puedes ir a la habitación. Allí hablarás más tranquilo. ¿Sabes llegar?

Daniel – Sí, claro... *(Rectifica.)* Quiero decir, supongo que encontraré el camino.

Daniel se dirige al dormitorio. Marco sonríe con indulgencia y vuelve a encender la radio.

Locutor – Se informa de violentos enfrentamientos en las inmediaciones del Palacio Real de Bruselas. Flandes y Valonia se disputan ahora quién se queda con el rey de los belgas... *(Marco suspira preocupado y sirve más bebida con el hielo que acaba de traer.)* Mientras tanto, la Bolsa de Nueva York acusa fuertes pérdidas. La posible ruptura de Bélgica y la amenaza que pesa sobre el euro inquietan profundamente a los inversores.

Marco vuelve a apagar la radio. Muy preocupado, se pone a regar las plantas.

Marco – Es verdad que estaban secas... *(Se acerca a la pecera.)* Pues sí, hay cuatro. ¿De dónde ha salido el nuevo? Y qué agresivo parece... A lo mejor debería darles uno de mis antidepresivos, a ver si se calman.

Marco da de comer a los peces. Daniel regresa con una expresión de sorpresa e ironía.

Daniel – ¿Y esa nueva?

Marco – Ni idea. Te juro que no estaba ahí cuando nos fuimos. ¿Cómo sabes que es hembra?

Daniel – Hombre, incluso a través del cristal, con todo ese vaho, se ve bastante bien.

Marco *(mirando la pecera)* – ¿Tú crees? Pues tienes mejor vista que yo. No distingo nada.

Daniel – Sí, tú ríete.

Marco – Y mira que el cristal de la pecera aumenta las cosas...

Daniel *(desconcertado)* – ¿De qué demonios hablas?

Marco – ¡Del pez que se ha metido en mi pecera!

Daniel – ¡Yo hablo de la mujer que he visto al otro lado de la mampara de la ducha!

Marco *(estupefacto)* – ¿De mi cuarto de baño?

Daniel – Eso te lo tenías muy callado.

Marco – ¿El qué?

Daniel – Conque por eso has vuelto a París sin tu mujer en pleno agosto, con la excusa del desplome de la Bolsa. Podrías haberte inventado algo mejor.

Marco – ¿Cómo dices?

Daniel – Qué pillo eres. Y yo que casi me sentía culpable... ¿Y si tu mujer vuelve de improviso y encuentra a esa belleza desnuda en tu ducha?

Marco – ¿Desnuda, dices?

Daniel – Ahora hazte el inocente. ¡Y tú eras el que decía que nunca en el domicilio conyugal! No me digas que también es amiga de Victoria.

Marco está completamente desconcertado.

Marco – ¿Me estás gastando una broma?

Daniel – ¿De verdad no sabes que hay una mujer desnuda en tu cuarto de baño? Y que no es tu mujer porque... *(Se corrige.)* Porque Victoria sigue en la costa.

Marco – ¡Pero, Daniel! Si quisiera aprovechar que Victoria no está para verme con una amante, ¿te habría invitado a tomar el aperitivo?

Daniel – Es un buen argumento. Pero entonces, ¿quién es esa chica?

Marco – ¡No tengo ni idea! ¿Y estás seguro de que es una mujer? Igual es Alex aprovechando para darse su ducha anual.

Daniel – Esa voz no es la de Alex, desde luego.

Marco – ¿Ha hablado contigo?

Daniel – ¡Está cantando!

Marco – ¿Y qué canta?

Daniel – ¿De verdad crees que eso es lo importante ahora?

Marco – Tienes razón.

Daniel – ¡Pues ve y compruébalo!

Marco – Voy... *(Hace ademán de salir, pero se detiene.)* Oye, que hay una desconocida en mi casa y no sé quién es. Podría ser peligrosa.

Daniel *(irónico)* – ¿Una mujer desnuda bajo la ducha? ¿Peligrosa cómo?

Marco – Podría ser una ladrona.

Daniel – Claro, ha entrado para robarte el Picasso y de paso se da una ducha.

Marco – Voy a ver.

Marco sale. Daniel bebe un trago de pastis.

Daniel – Y si aprovecho para largarme antes de que llegue Victoria... *(Marco vuelve ya, pasmado.)* ¿Y bien?

Marco – Tienes razón.

Daniel – ¿La conoces?

Marco – Sigue duchándose... No me he atrevido a molestarla.

Daniel *(burlón)* – A ver, un hombre llega a su casa mientras su mujer está de vacaciones con su madre y encuentra a una desconocida desnuda en la ducha... Si vuelves dentro de cinco minutos igual está en tu cama. Por una vez podrías saltarte tus principios.

Pero Marco no está para bromas; tiene otras preocupaciones.

Marco – Esto no será una broma de mal gusto tuya y de Alex, ¿verdad?

Daniel – ¿Una broma?

Marco – ¿Le prestaste mil euros para contratar a una chica de compañía y meterla en mi cama, a ver si caía en la tentación?

Daniel – ¿Y cómo iba a entrar aquí?

Marco – Alex tiene las llaves. Pero jamás se le habría ocurrido un plan tan retorcido él solo. Y mucho menos habría podido pagarlo.

Daniel – Pero te aseguro que...

Marco – Te advierto que no me hace ninguna gracia. Menos mal que Victoria sigue fuera, porque con estas cosas tiene muy poco sentido del humor. Y con el desastre de hoy, lo último que necesito es un divorcio.

Daniel – Te juro por Victoria que yo no tengo nada que ver. Lo mejor sería que fueras a preguntarle a esa mujer qué hace aquí.

Marco – Ya que está, mejor esperar a que termine de ducharse.

Los dos amigos reflexionan unos instantes.

Daniel – Yo no he tenido nada que ver, pero Alex...

Marco – ¿Sabes algo?

Daniel – No. Pero tenía las llaves. A lo mejor ha aprovechado tu ausencia para convertir tu piso en un picadero.

Marco – ¿Alex? ¡Si nunca le hemos visto con una mujer! Bueno, salvo con Cara de pizza. Tiene menos vida sexual que un pez.

Daniel – Quizá se le ha despertado de golpe. Como a tus peces: me has dicho que nunca habían tenido crías. Los dejas una semana y aparece el cuarto.

Marco – Sí, pero ellos están encerrados en una pecera diminuta. No tienen muchas opciones. ¿De dónde iba a sacar Alex a una mujer así?

Daniel – A lo mejor le ha hecho creer que este magnífico piso era suyo. Por cierto, ¿cómo sabes que es una mujer espectacular?

Marco – No lo sé... Me lo imagino. Eso explicaría por qué Alex no ha tenido tiempo de regar a los peces ni de dar de comer a las plantas.

En ese momento aparece una mujer en el salón, apenas vestida. Al verlos, lanza un grito.

Lola – ¿Se puede saber qué hacen ustedes aquí?

Marco – Iba a hacerle la misma pregunta. Pero si lo prefiere, puedo llamar a la policía para que se la haga.

Lola – Antes voy a vestirme, ¿de acuerdo?

La mujer desaparece. Marco y Daniel se quedan perplejos.

Daniel – Pues tenías razón: es guapísima.

ACTO 2

Marco – Te juro que no sé quién es.

Daniel – ¿Una amiga de tu mujer?

Marco – ¿Y qué iba a hacer aquí?

Daniel – A lo mejor Victoria le dejó el piso durante agosto, sabiendo que vosotros estaríais de vacaciones en la costa.

Marco – ¿Para qué?

Daniel – No sé. Una amiga que vive fuera y quería pasar unos días en París.

Marco – Victoria no haría algo así sin decírmelo.

Daniel – Puede que se le olvidara.

Marco – Eso no se parece en nada a Victoria. ¡Ella nunca me ha ocultado nada! Me lo habría dicho. Y no creo que le gustara que una desconocida durmiera en nuestra cama. No la conoces como yo.

Daniel – Ya...

Marco *(sacando el móvil)* – La llamaré para salir de dudas.

Lola reaparece vestida, con ropa bastante sugerente. Marco, desconcertado, guarda el móvil.

Lola *(con un ligero acento francófono de Bélgica)* – Bueno, ¿quieren explicarme de una vez qué hacen ustedes aquí?

Daniel – ¿Antes también hablaba con ese acento?

Marco – Entre eso y la división de Bélgica, empiezo a creer que estamos en otra dimensión... *(A Lola.)* No me diga que es una refugiada valona.

Lola – Pues vivo en Bruselas, sí. ¿Algún problema?

Marco – De momento, el problema es que usted vive en mi casa.

Lola – ¿Su casa? Entonces usted es Alex. Pero ¿no debería estar en la mía?

Marco – ¿Yo, en su casa? ¡Es usted quien está en la mía!

Lola – Claro, ese era el trato. Yo en París y usted en Bruselas. ¡Para eso sirve un intercambio de casas!

Daniel – ¿Has intercambiado tu piso?

Marco – ¡En absoluto! *(A Lola.)* ¿Quién ha organizado ese intercambio?

Lola – ¡Usted! ¡Alex! ¡Conmigo!

Marco – ¡Yo no me llamo Alex! ¡Me llamo Marco!

Lola – Pues entonces, ¿qué hace aquí?

Marco *(a Daniel)* – Esto es de locos. ¿Qué hago? ¿Llamo a la policía?

Daniel – Creo que ya lo entiendo. *(A Lola.)* Usted intercambió su vivienda para las vacaciones con un tal Alex, que se hizo pasar por el propietario de este piso. ¿Es eso?

Lola – ¡Exactamente! Vi las fotos en la web y me pareció perfecto. Pero desde luego no acepté compartir el piso con dos desconocidos. ¿Por quién me toman?

Marco – No entiendo absolutamente nada.

Daniel – Es muy sencillo. ¿Le diste las llaves a Alex para que cuidara de los peces en agosto?

Marco – Sí.

Daniel – Pues ha anunciado tu piso en una página de intercambio de viviendas.

Marco – ¿Mi piso?

Daniel – Haciéndose pasar por el dueño.

Marco – Un intercambio de casas...

Daniel – Es una manera económica de viajar. Claro que necesitas una casa digna de intercambiar, no el cuchitril donde vive Alex.

Marco – ¿Y dónde está Alex?

Daniel – ¡De vacaciones!

Lola – ¡En Bruselas!

Marco – Pero eso es absurdo. ¿Quién se va de vacaciones a Bruselas en agosto?

Lola – ¿Y por qué no? Bruselas es preciosa. ¡Tan bonita que flamencos y valones se disputan su capitalidad!

Daniel – Ya te dije que no debías dejarle las llaves a Alex.

Marco – Voy a llamarlo ahora mismo. Y si esto es verdad, se va a enterar. *(Marca un número.)* No contesta. Seguramente se ha olvidado otra vez de pagar el teléfono... *(A Lola.)* Puesto que está en su casa, llamaré allí. ¿Cuál es el número fijo?

Lola – Eeeh... Nueve, nueve, nueve... ocho, ocho, ocho... siete, siete, siete...

Marco – ¿Nueve, nueve, nueve... ocho, ocho, ocho...?

Daniel – Desde luego, es fácil de recordar.

Marco termina de marcar el número, mientras los otros dos lo observan. Lola parece algo inquieta.

Marco – Ese número no está asignado.

Lola – Con lo que está pasando en Bélgica, habrán cortado las comunicaciones...

Marco – Mire, ya está bien...

Suena el móvil de Marco y lo interrumpe.

Marco *(seco)* – ¿Sí? *(Se suaviza.)* Ah, Victoria... No, todo bien, lo que pasa es que he tenido un día horrible, con todo lo que está ocurriendo... ¿Y tú? ¿No estabas con tu madre en la costa? ¿En París? ¿A qué hora? ¿Por qué? No, si yo me las arreglo, no quiero estropearte las vacaciones. Y tu madre estará decepcionada... Claro que me alegro, pero... ¿Cuándo llegas? ¿Ya? No, no te oculto nada, te lo aseguro... Bueno, hasta ahora. Yo también te quiero... *(Guarda el móvil y suspira.)* Era Victoria. Ha decidido volver a París.

Daniel – ¿Qué dices?

Marco – Estará aquí de un momento a otro.

Daniel – ¿Y por qué te pones nervioso? Si alguien debería ponerse nervioso soy yo... Quiero decir... ¿Por qué te pones nervioso?

Marco – No conoces a Victoria. Es terriblemente celosa.

Daniel – Ya veo.

Marco – Si encuentra a esta mujer aquí pedirá el divorcio por mi culpa.

Lola – ¿«Esta mujer»? ¿Y eso qué significa?

Daniel – No se ofenda. Para él casi es un cumplido.

Marco – ¡Dios mío! Una pensión compensatoria acabaría conmigo. Y su abogado se pondría a investigar las cuentas para repartir los bienes.

Lola – ¿Tiene algo que ocultar?

Marco – No, pero... *(A Lola.)* ¿Todavía sigue aquí? ¡El dueño de este piso soy yo! Y el que se lo ha ofrecido a cambio del suyo es un mentiroso compulsivo.

Lola – ¿Y a mí qué?

Marco – Recoja sus cosas y márchese. ¡Ahora mismo! Si puede ser, por la escalera de servicio.

Lola – ¡Ni hablar!

Marco – ¿Cómo que ni hablar?

Lola – He intercambiado mi precioso dúplex en pleno centro de Bruselas por este piso, que me viene estupendamente. Yo he seguido todas las normas. He venido a París una semana y pienso quedarme.

Marco – ¡Pero este piso no es de Alex! ¡Es mío! *(A Daniel.)* Díselo tú.

Daniel no sabe qué decir.

Lola – Eso es asunto suyo. Ya se aclarará con su amigo cuando vuelva de Bruselas.

Daniel – Si es que vuelve.

Lola – Además, ¿adónde quiere que vaya a estas horas?

Marco – ¡A su casa!

Lola – No encontraré un tren a Bruselas a estas horas. Y con lo que está pasando allí, prefiero esperar a que la situación se calme.

Fuera de sí, Marco saca dos billetes de cincuenta euros.

Marco – Tome cien euros. Pase la noche en el hotel de enfrente y mañana se va a Bruselas, a cualquier otra ciudad o a donde quiera. ¿De acuerdo?

Lola – ¿Un hotel barato? ¿A cambio de mi dúplex en la Grand-Place de Bruselas?

Marco *(a Daniel)* – Haz algo, por favor, o acabaré estrangulándola.

Daniel – ¿Y qué quieres que haga?

Marco – Llévatela a tu casa. Tú estás soltero y no tienes que dar explicaciones a nadie.

Daniel – Es que...

Lola – ¡Desde luego, qué desfachatez! Primero iba a alojarme en casa de un tal Alex. Ahora resulta que estoy en la de Marco. Y quieren que me vaya a la de Daniel. ¿Por quién me toman? ¡Tener acento belga no significa ser tonta!

Marco está a punto de contestar, pero suena el timbre de la puerta.

Marco – ¡Mierda! ¡Ya está aquí!

Lola – ¿Espera a más mujeres? ¡Son ustedes unos pervertidos! ¡Voy a llamar a la policía!

Marco – ¡Es mi mujer! ¡Mi mujer! *(Se vuelve desesperado hacia Daniel.)* No puedo meterla en el armario.

Daniel – Lo de esconder a la amante en el armario está muy visto. ¿Y en el congelador?

Marco – Me inventaré algo... *(Va a abrir y habla desde fuera.)* ¡Cariño! ¿Qué tal la carretera? Anda, dame la maleta.

Entra Victoria con Marco, que lleva una maleta de lujo.

Victoria *(fingiendo sorpresa)* – ¿Daniel?

Daniel – Había venido a hacer compañía a tu marido. París está desierto en agosto... No sabía que regresabas hoy. Pero ya me iba.

Victoria – No quiero que parezca que te estoy echando... *(Al descubrir a Lola, se le borra la sonrisa.)* Señorita...

Lola – Buenas tardes.

Victoria se vuelve hacia Marco, esperando una explicación.

Marco *(a Lola)* – Victoria, mi mujer. *(A Victoria.)* Te presento a...

Lola – Lola. Lola Van Houten.

Victoria *(fría)* – Van Houten... Encantada. ¿Y usted qué pinta aquí?

Marco se queda paralizado un instante y acaba improvisando.

Marco – Es la nueva novia de Daniel. ¿Recuerdas a esa mujer de la que no quería hablar? Pues por fin me la ha presentado. Y viendo lo guapa que es, entiendo que se la guardara para él.

Victoria *(helada)* – Sí. Yo también.

Daniel está desencajado, pero no se atreve a desmentirlo.

Daniel – En realidad...

Victoria *(a Marco)* – ¿Por eso estabas tan raro al teléfono cuando te he dicho que venía? Por un momento he pensado que iba a encontrarte en la cama con una amante.

Marco – Estábamos tomando el aperitivo. ¿Te sirvo algo?

Victoria *(señalando la maleta)* – Primero voy a dejar esto en la habitación.

Marco – ¡Ya voy yo! Ya sabes cómo se pone todo cuando me dejas solo en casa. Hay ropa tirada por todas partes... Daniel, haz de anfitrión. Eres casi de la familia.

Marco sale con la maleta. Se produce un silencio tenso.

Victoria – Creo que necesito algo fuerte. Un whisky, por favor... *(A Lola.)* ¿Y usted? ¿Un refresco? No sé si tendrá edad para beber alcohol.

Lola – Sí, tomaré... *(A Daniel.)* Lo de siempre, cariño.

Daniel sirve dos whiskys.

Victoria – ¿Y hace mucho que se conocen?

Daniel – Pues... Es que...

Victoria – Por su acento diría que no es francesa, ¿verdad?

Lola – Exacto, soy de Bruselas. ¿A que sí, cielo?

Daniel le lanza una mirada de pánico.

Victoria – ¿Y ha venido a pasar unos días en París?

Lola – Como usted no estaba, su marido nos ofreció muy amablemente el piso. Está estupendamente situado para visitar París. Pero ya que han vuelto los dos... Nos apañaremos. Podemos dormir en el sofá, ¿verdad, amor?

Marco reaparece en el momento oportuno.

Marco – Ya he recogido un poco. Mi mujer es muy maniática. Si hubiera visto toda esa ropa encima de la cama, me habría matado. ¿Tenemos todos algo para beber?

Victoria – Por supuesto... *(Alza su vaso hacia Daniel y Lola.)* ¡Por vuestro amor!

Daniel esboza una sonrisa forzada. Brindan.

Marco – Voy a buscar algo de picar.

Daniel – Te ayudo. *(Se dirigen a la cocina.)* ¿Por qué demonios se te ha ocurrido presentarla como mi amante?

Marco – Lo siento, fue lo primero que me vino a la cabeza. ¿Te imaginas que Victoria entra en el dormitorio y encuentra las braguitas de Lola encima de la cama?

Daniel – ¡Pues podrías haberle dicho la verdad!

Marco – ¿La verdad? ¿Que Alex, al que dejé las llaves para dar de comer a los peces, intercambió mi piso por el de una belga para irse de vacaciones a Bruselas en agosto? ¡Nadie se creería semejante historia! Hay momentos en la vida en los que una mentira sencilla es mejor que una verdad demasiado complicada.

Daniel – Muy bien. ¿Y yo qué?

Marco – ¿Tú qué?

Daniel – ¡Si ni siquiera conozco a esa mujer!

Marco – ¡Pero no tienes nada que perder! ¡Estás soltero! Y además es muy guapa, ¿no? Si no fuera por ese acento... En fin, tampoco hace falta que hable en la cama.

Ambos desaparecen en la cocina. Las dos mujeres se observan con cautela.

Victoria – ¿De verdad es usted la amante de Daniel? ¿O la de mi marido? Él miente fatal.

Lola, en lugar de responder, sonríe misteriosamente, da unos pasos y se detiene ante el cuadro.

Lola – El almuerzo sobre la hierba... Manet, reinterpretado por Picasso.

Victoria *(irónica)* – Veo que también entiende de pintura.

Lola – Dos hombres con dos mujeres casi desnudas. ¿Sabe qué título le pondría yo a este cuadro? *(Victoria no responde.)* «Intercambio de parejas».

Victoria se queda de piedra. Regresan Marco y Daniel. Marco deja unos aperitivos sobre la mesa.

Marco – Bueno, ¿ya os habéis conocido?

Victoria – Estábamos hablando de pintura.

Marco – Estupendo. ¿Por qué no improvisamos una cena para cuatro? Puedo calentar unas pizzas mientras terminamos el aperitivo.

Daniel y Victoria no parecen muy convencidos. Lola contesta por ellos.

Lola – ¿Por qué no? Puede ser divertido.

Victoria *(irónica)* – Y después, ¡todos a la cama!

Marco – Ahora vuelvo.

Marco vuelve a alejarse.

Lola – Voy a ayudarle.

Lo sigue. Daniel y Victoria quedan solos.

Daniel – No es lo que piensas, Victoria.

Victoria – No tienes que darme explicaciones. Eres mayorcito. Y estás soltero.

Daniel – Puedo explicártelo todo. Es muy sencillo... *(Vacila.)* Bueno, sencillo no es, pero...

Victoria considera patéticas las excusas de Daniel y responde con ironía.

Victoria – ¿Y ella sabe lo nuestro?

Daniel – ¡Claro que no! ¿Por qué iba a contárselo?

Victoria – Claro. No era nada digno de mención.

Daniel – ¡Pero si no la conozco de nada! ¡Es la primera vez que la veo!

Victoria – Entonces, ¿qué hace aquí? ¿Vas a decirme que es la amante de Marco?

Daniel – Ni siquiera eso.

Victoria – Qué patético.

Lola regresa con lo necesario para poner la mesa.

Lola – ¿Me ayudas con esto, cariño?

Daniel se queda aterrado. Victoria le lanza una mirada asesina.

Victoria – Voy a ver cómo va mi marido en la cocina. *(A Lola.)* Ya sabe cómo son los hombres.

A solas con Lola, Daniel la mira furioso.

Daniel – ¿No cree que se está pasando un poco?

Lola – Fue su amigo Marco quien me pidió que fingiera ser su novia. ¡Pónganse de acuerdo!

Daniel – Ya, pero no hace falta exagerar.

Lola – ¿Tanto le molesta que la mujer de su amigo piense que soy su prometida?

Daniel – No, pero... usted no lo entiende.

Vuelve Marco con las pizzas y las deja en la mesa. Victoria entra tras él con una botella de vino.

Marco – ¡Aquí está todo!

Daniel – Creo que esta comedia ya ha durado demasiado.

Para hacerlo callar, Lola lo besa apasionadamente y por sorpresa. Marco y Victoria los observan. Cuando lo suelta, Daniel está completamente desorientado.

Lola – ¿Qué ibas a decir, cariño?

Daniel – No me acuerdo.

Marco – ¡Qué bonito es el amor!

Victoria – Sí. Y también provoca amnesia.

Marco – Ya se sabe: el amor es ciego, pero el matrimonio le devuelve la vista. *(Señala las pizzas.)* ¡Buen provecho!

ACTO 3

La cena empieza en un ambiente tenso.

Victoria – ¿Y a qué se dedica usted, Lola? ¿O sigue estudiando?

Lola – Soy profesora de Bellas Artes en la universidad de Bruselas.

Daniel – ¿En serio?

Victoria – ¿No lo sabías?

Daniel – Sí, claro, pero... Creía que dabas clase en París.

Marco *(inquieto)* – Bellas Artes... ¿Se refiere a pintura?

Lola – Sobre todo a arte moderno.

Daniel – Entonces usted habrá visto que nuestros amigos tienen un Picasso extraordinario.

Victoria – ¿La tratas de usted?

Daniel – ¿A quién? No, ¿por qué?

Victoria – Has dicho «usted».

Daniel – Se me ha escapado, ¿verdad, Marco?

Marco – No me he fijado.

Daniel – En fin, cariño, ¿qué te parece esta obra maestra?

Lola – Pertenece a una serie de cuadros de Picasso inspirados en El almuerzo sobre la hierba, de Manet. Una obra que en su época provocó un escándalo.

Daniel – ¿Ah, sí? ¿Y eso?

Lola – Dicen que sugiere un intercambio de parejas.

Daniel *(contemplando el cuadro, impresionado)* – Vaya... Ese detalle se me había escapado. Ahora lo veo de otra manera. ¿Tú lo sabías, Victoria?

Victoria – Bueno...

Daniel – ¿Y cuánto puede valer una pintura así?

Lola se levanta para examinar el cuadro, pero Marco se apresura a distraerlos acercándose a la pecera.

Marco – ¡Un momento! No sé qué está pasando aquí, pero desde luego no parece una orgía. ¡Es una carnicería! El recién llegado ya les ha mordido la cola a los dos machos. ¡Y eso que les he dado de comer!

Victoria – ¿Qué recién llegado? *(Mira la pecera y se indigna.)* ¡Hay un cuarto pez! ¡Y es carnívoro!

Marco – ¡Pero eso es imposible! ¿Cómo van a engendrar un hijo carnívoro tres peces vegetarianos?

Victoria – Entonces es un intruso.

Daniel – ¿Un intruso en una pecera? ¿Cómo ha entrado?

Victoria – Eso es lo que me gustaría saber.

Lola parece incómoda.

Marco – Sea como sea, hay que hacer algo. Antes de que no queden más que las espinas de nuestros tres peces.

Victoria coge una pequeña red y trata de atrapar al pez agresivo.

Victoria – Ven aquí, cabrón. ¡No te escaparás!

Lola aprovecha para llevarse aparte a Marco.

Lola – He sido yo.

Victoria – ¿Cómo?

Lola – Yo he metido ese cuarto pez.

Marco – ¿Usted?

Lola – Pensé que tres eran pocos y que cuatro quedaban mejor. Compré otro en la tienda de animales de abajo. No sabía que era carnívoro.

Marco – ¡Desde luego, usted es un auténtico peligro público!

Lola – Solo quería hacer algo bonito.

Victoria consigue atrapar al pez.

Victoria – ¡Ya lo tengo!

Lo tira al suelo y lo aplasta brutalmente con el pie. Los otros tres la observan horrorizados.

Victoria – ¡Intruso eliminado!

Se produce un silencio incómodo.

Marco – Bueno, ¿podemos terminar de cenar? ¿Alguien quiere más pizza? *(Nadie responde.)* Pues pasemos al postre.

Marco sale en busca del postre.

Victoria *(a Lola)* – ¿Y ya le ha pedido matrimonio?

Daniel – En realidad...

Victoria se fija en el anillo llamativo de Lola.

Victoria – Eso es un anillo de compromiso, ¿no? Muy bonito, aunque quizá un poco ostentoso. Si se lo ha regalado Daniel, desde luego no se ha arruinado.

Lola – ¿Ah, no?

Victoria – Es falso. Se nota enseguida. Solo una tonta llevaría un pedrusco de ese tamaño creyendo que es de verdad.

Lola – Es falso, sí. Igual de falso que el cuadro que tienen colgado en el salón.

Marco aparece con una tarta y se queda inmóvil.

Victoria – Se equivoca, señorita. Ese cuadro era de mi madre, que conocía personalmente a Picasso.

Lola – ¿Una de sus muchas amantes, quizá? Picasso tenía fama de mujeriego. Quién sabe, a lo mejor es usted una descendiente suya. Pensándolo bien, dentro de unos años podría acabar pareciéndose a uno de sus retratos.

Victoria – Mi madre lo compró en una galería, cuando sus obras aún eran relativamente asequibles.

Lola – Entonces el galerista la engañó.

Victoria – ¡Es auténtico!

Lola – Y yo le aseguro que es una falsificación.

Marco se muestra muy incómodo. Lola se acerca al cuadro.

Lola – Es una copia. Se nota a simple vista. Y la pintura parece aún fresca.

Victoria se queda atónita.

Victoria *(a Marco)* – Di algo.

Marco – ¡Por supuesto que es auténtico!

Lola – Le recuerdo que soy profesora de Bellas Artes.

Daniel – ¿Y cómo ha llegado un Picasso falso hasta aquí?

Victoria – A lo mejor de la misma manera que ese pez carnívoro. ¿No me dijiste que habías dejado las llaves a tu amigo Alex para que alimentara a los peces?

Marco – Sí, pero...

Victoria – Siempre te he dicho que no te fiaras de ese inútil. Puede haber robado mi Picasso y haberlo sustituido por una copia.

Daniel – Alex jamás haría algo así.

Victoria – ¡Seguro que también fue él quien metió esa piraña asesina en la pecera!

Marco – ¡Eso es ridículo!

Victoria – ¡A estas horas igual ya está huyendo al extranjero con nuestro cuadro!

Daniel – Puede que a Bélgica.

Victoria – ¿Por qué a Bélgica?

Daniel – ¡Porque ahora mismo allí tienen problemas mucho más graves!

Victoria – ¡Hay que avisar a la policía! ¡Pedir una orden internacional de detención!

Daniel – No puede ser él. No será muy listo, pero no es un delincuente. No tiene ambición suficiente.

Victoria – Entonces, ¿por qué no ella?

Daniel – ¿Lola?

Victoria – Seguro que no es la primera vez que viene a este piso. No soy tonta. Os acostáis con ella los dos, ¿verdad? ¿Es una prostituta y os hace precio de grupo?

Lola – Pero, señora...

Victoria *(a Daniel y Marco)* – ¿Pensabais terminar la noche con un almuerzo sobre la alfombra?

Lola – Si yo hubiera robado el original, ¿para qué iba a decirles que este es falso?

Victoria – Se acabó. Voy a llamar a la policía. Ya se encargarán de aclararlo.

Va hacia el teléfono, pero Marco le corta el paso.

Marco – No, no ha sido ella.

Victoria – ¿Y tú cómo lo sabes?

Marco – Porque he sido yo.

Victoria y los otros dos quedan estupefactos.

Marco – Necesitaba efectivo para cubrir las pérdidas de la Bolsa. Dejé el cuadro en garantía. ¡Pero te juro que nunca te he engañado! *(Empeorándolo.)* Al menos, no con esta mujer.

Victoria – ¡Ya he oído suficiente! Me vuelvo con mi madre. El lunes tendrás noticias de mi abogado.

Victoria se dispone a irse.

Marco – Pero, Victoria...

Victoria – Sospechaba que me eras infiel. ¡Pero que te apropiaras de mi herencia! ¡El Picasso de mi madre! Te juro que acabarás en la cárcel.

Suena el móvil de Marco y lo interrumpe.

Marco *(mirando la pantalla)* – ¡Es Alex! *(A Victoria.)* ¡Él lo explicará todo! ¿Alex? ¿Dónde demonios estás? ¿Sabes en qué lío me has metido? ¿Que tú no has hecho

nada? ¿Lo juras? Vale, te creo. Luego te llamo... *(A Lola.)* Alex no ha hecho ningún intercambio clandestino de viviendas. Ni siquiera está en Bélgica. Se ha roto una pierna al caerse del escenario mientras ensayaba El enfermo imaginario, de Molière, y está en casa, escayolado.

Daniel – Desde luego, tiene mala suerte.

Marco – Le pasó mis llaves a una amiga de su escuela de teatro para que diera de comer a los peces en su lugar.

Daniel y Victoria se vuelven hacia Lola.

Lola *(sin acento)* – De acuerdo. No soy belga... *(Los otros tres la miran atónitos.)* Ni profesora de Bellas Artes.

Marco – ¿Y cómo ha sabido que el Picasso era falso?

Lola – He ido de farol.

Marco – ¿De farol?

Lola – Con ese aspecto, no parecía auténtico. Además, me resultaba increíble que alguien tuviera un Picasso verdadero en el salón.

Daniel – Entonces, ¿a qué ha venido toda esta comedia?

Lola – ¿De verdad no me reconocéis?

Marco – ¡No!

Lola – Imaginadme cubierta de granos y completamente calva.

Daniel – ¡Cara de pizza!

Lola – Cuando Alex me dio las llaves, solo quería aprovechar que el piso estaba vacío para quedarme unos días.

Marco – ¿Quedarse aquí?

Lola – Hace seis meses, cuando mi novio me vio llegar con la cabeza rapada, pensó que tenía cáncer y me dejó. Desde entonces no tengo casa.

Daniel – Lo siento...

Lola – Cuando reconocí al farmacéutico, con su cara de científico nazi, se me ocurrió vengarme.

Marco – ¡Pero yo no tuve nada que ver!

Lola – Claro. ¡Lo que os reísteis los dos cuando me visteis en aquel estado! Estaba tan desfigurada que hoy ni siquiera me habéis reconocido.

Marco *(incrédulo)* – Cara de pizza...

Lola – Y por vuestra culpa perdí la prueba de la película. Me presentaba para interpretar a Esmeralda en El jorobado de Notre-Dame. ¡Con aquella cara me ofrecieron el papel de Quasimodo!

Daniel – De verdad que lo siento.

Lola – Cuando os he visto aquí, hace una hora, con esas caras de críos pillados en falta... Y sin hablar de la señora... He pensado que había llegado mi turno de divertirme.

Marco – Le recuerdo que está hablando de mi mujer.

Victoria – No por mucho tiempo, te lo aseguro.

Daniel – Enhorabuena. Es usted una actriz extraordinaria.

Marco – Mejor que Alex, desde luego.

Lola – Digamos que vosotros sois un público muy agradecido. Además, en la escuela de teatro practicamos mucho la improvisación.

Daniel – Y... ¿por qué una belga?

Lola – Se me ocurrió al escuchar las noticias.

Victoria – Muy bien. Espero que se haya divertido. Yo, desde luego, he aprendido unas cuantas cosas.

Lola *(a todos)* – ¿No os ha hecho gracia? Para mí ha sido coser y cantar. Parecía que me hubiera metido en una comedia de enredo: la esposa, el amante y el marido cornudo.

Marco – ¿Qué cornudo?

Victoria – No cambies de tema. *(A Lola.)* Supongo que tampoco es usted la novia de Daniel, ¿verdad?

Lola – ¿Y a usted por qué le interesa tanto?

Victoria – Lo único que ha resultado ser cierto es que eres un fracasado y un estafador.

Marco *(a Victoria)* – No vas a dejarme, ¿verdad?

Daniel – ¿Y si ponemos un poco de música para relajarnos?

Daniel enciende la radio. Suena «Ne me quitte pas», de Jacques Brel.

Brel – No me dejes... Todo puede olvidarse, hasta el tiempo de los malentendidos...

Los cuatro escuchan un instante la canción, cada uno absorto en sus pensamientos, mientras apuran los restos de pizza. Un boletín informativo interrumpe la música.

Locutor – Interrumpimos la emisión para informar del desenlace de la crisis que ha sacudido Europa. Valonia solicita ahora su incorporación a Francia como territorio de

ultramar. Flandes, gran parte de cuyo suelo se encuentra bajo el nivel del mar, será devuelta al océano y transformada en una gran explotación de ostras.

La radio retoma la música con otra canción de Brel: «Le Plat Pays».

Brel – Con el mar del Norte como último descampado, dunas que detienen las olas y rocas que la marea cubre...

Daniel prefiere cambiar de emisora.

Locutora *(con voz empalagosa)* – Con el champú especial para rizos de L'Oréal, cada mañana salgo del baño como un caniche recién arreglado. L'Oréal: porque yo no lo valgo.

Suena el móvil de Marco. Mira la pantalla y apaga la radio.

Marco – Es una alerta de la Bolsa. *(Lee y de pronto se le ilumina la cara.)* ¡La empresa en la que invertí el dinero del Picasso ha conseguido que le vuelva a crecer el pelo a un pastor alemán!

Victoria – ¿A un perro?

Marco – ¡Ya pueden pasar a las pruebas con personas! ¿Os dais cuenta? ¡Esto es mejor que el Viagra! Hay muchos más calvos que impotentes. ¡Es un mercado inmenso!

Daniel – No te entusiasmes tan deprisa. Apenas empiezan los ensayos con humanos. Acuérdate de lo que le ocurrió a Lola...

Marco *(tecleando en su móvil)* – Tienes razón. Como dicen en Bolsa: compra con el rumor y vende con la noticia. Las acciones se han multiplicado por mil en dos horas. ¡Ya está! Acabo de venderlo todo con una ganancia de...

Victoria – ¿Cuánto?

Marco *(mirando la pantalla)* – ¡Joder! ¡En mi móvil no caben todos los ceros! ¡Me ha tocado el gordo!

Victoria – ¿Y mi Picasso?

Marco – Es verdad, lo dejé como garantía para esa última inversión. Pero ahora podemos recuperarlo. ¡Y comprar media docena más!

Victoria – ¿Media docena?

Marco – Y un diamante tan grande como el de Lola, te lo prometo. ¡Pero de verdad!

Victoria *(tierna)* – Yo siempre he creído en ti, cariño. Y me alegro de que se haya arreglado todo, porque tengo una gran noticia: ¡vas a ser padre!

Daniel muestra un ligero malestar.

Marco – ¡Un heredero! ¡Ahora sí que hay que abrir el champán!

Va a buscar una botella.

Victoria *(a Lola)* – ¿Hacemos las paces? Usted no le cuenta a mi marido lo mío con Daniel y yo se lo dejo a usted, ¿de acuerdo?

Lola – ¿Y quién le ha dicho que me interesa?

Victoria – No la decepcionará, ya verá. Y si no quiere acabar como ese pobre Alex, más le vale invertir en una casa antes de tener que invertir en un lifting.

Marco forcejea sin éxito con el corcho del champán. Daniel se acerca a Lola. Victoria los deja y va a buscar las copas con Marco.

Daniel – Es una pena. A mí me gustaba su acento. ¿Podría volver a hacerlo alguna vez?

Lola *(recuperando el acento belga)* – ¿Es una proposición?

Daniel – ¿Por qué no?

Lola – No sé si tenemos mucho en común.

Daniel – Con mi primera mujer tenía muchísimas cosas en común, empezando por un seguro de vida gigantesco, con todas las ventajas fiscales. Y acabamos divorciándonos.

Lola – ¿Y Victoria?

Daniel – Lo ha visto usted misma: basta con que suba la Bolsa para que a Victoria le parezca su marido más atractivo que yo.

Lola – ¿Y qué le hace pensar que yo lo encuentro atractivo?

Daniel – Usted no tiene dónde vivir y yo tengo un piso enorme en las afueras elegantes de París.

Lola *(irónica)* – Qué manera de conquistar a una mujer...

Daniel – Además, antes de conocerla ya conseguí que perdiera todo el pelo. Como en la Bolsa: mis acciones están tan bajas que solo pueden subir.

Lola – Bueno, de viaje de novios no iremos a Bélgica. Ya no existe.

Victoria regresa con las copas.

Victoria – Adiós al chocolate belga.

Daniel – Y a la cerveza belga.

Lola – Y los chistes sobre belgas.

Victoria *(filosófica)* – Bélgica era un poco como esta pecera: peces demasiado distintos en un espacio demasiado pequeño. Y ni siquiera había patatas fritas para todos.

Vuelve a sonar el teléfono de Marco. Para atenderlo, le pasa la botella de champán a Daniel.

Marco *(a Daniel)* – Ábrela tú, ¿quieres? *(Responde.)* ¿Sí?... ¿Qué?... No me digas... ¡Joder! Vale, vamos para allá. *(Mientras Daniel lucha con el corcho, Marco guarda el teléfono.)* Era Alex. Por variar, está metido en un lío.

Daniel – ¿Qué le ha pasado ahora?

Marco – Se ha quedado encerrado en el aseo por culpa de la escayola y no consigue abrir la puerta. Quiere que vayamos a sacarlo de allí.

Daniel consigue descorchar la botella. El corcho golpea la pecera y la vuelca. El agua y los peces de atrezo caen al suelo.

Victoria – Creo que estos peces tampoco estaban hechos para vivir juntos demasiado tiempo.

Oscuro, mientras suena «Bruxelles», de Jacques Brel.

Brel – Era el tiempo en que Bruselas soñaba, el tiempo del cine mudo, el tiempo en que Bruselas cantaba...

Los actores vuelven a saludar sosteniendo una pancarta: «Ningún pez de verdad ha sufrido daños durante esta representación».

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Deciembre de 2024

ISBN 978-2-38602-284-5

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.